

ocho indios remeros suyos que se le habían fugado por aquellas tierras. Nuestro misionero procuró con buenas palabras aplacar a entrambos y oyó decir a Fr. Antonio, que pronto vendría otra armada mayor para construir una fortaleza en aquellos parajes. Ocho días continuaron en aquel pueblo sin hacer daño a ninguna persona. Entretanto buscaban los remeros o hacían apariencias de buscarlos. Como no parecieron por ningún lado, Fr. Antonio mandó al capitán que diese un asalto al pueblo. A media noche, cuando todo se hallaba en la mayor quietud, los portugueses y sus indios acometieron a nuestros neófitos y hubo en el pueblo un ruido y confusión inexplicable. Prendieron a la mitad de los neófitos, y aunque al otro día soltaron a los más, conservaron por indicación de Fr. Antonio cautivas doce familias. Catorce días se detuvieron los portugueses en aquel pueblo desventurado y retiráronse por fin hacia el Oriente, llevando presos entre chicos y grandes como un centenar de cristianos. Quedó tal horror entre nuestros indios por este hecho, que la mayoría de ellos solo pensaban en huir a los bosques, para no caer de nuevo en manos de los portugueses (1).

A los dos años repitieron estos la expedición causando todavía mayores estragos. El 1.º de Febrero apareció en el pueblo de los Yurimaguas el capitán Ignacio Correa, con 12 portugueses y 60 indios aliados. Acompañábale el conocido corista Fr. Antonio de Andrade. Cuidaba de aquel pueblo el P. Juan Bautista Sanna, quien recibió benignamente a los recién llegados. El capitán mostrándole una cédula del Rey de Portugal, le mandó en nombre del Gobernador del Pará, que intimase a los Padres castellanos el abandonar todos los pueblos del Marañón y del Napo hasta el puerto de Nopotoa. Si no obedecían, mandaba el Rey de Portugal, que fuesen llevados presos al Pará y de allí se les remitiese a Lisboa. El P. Sanna respondió a estas intimaciones, que él estaba en aquella misión en nombre del Rey de España y protestó contra las pretensiones de los portugueses. Quedaron allí estos varios días y cometieron muchos robos y profanaciones en aquel pueblo y en otros adonde avanzaron. Escribiendo el P. Sanna al P. Provincial de Quito, le dice, que de la iglesia de San Pablo hicieron cocina, casa de juego y rancho de monte. Pide que se envíen cuanto antes algunas tropas españolas, para impedir que

(1) Archivo de Indias. *Sanna a Fritz*, 26 Diciembre 1707.

los portugueses arrebatan al Rey Católico más de mil trescientas leguas de territorio (1).

Al mismo tiempo escribió el P. Sanna al P. Samuel Fritz notificándole la triste venida y las ambiciones desmesuradas de los portugueses. Recibió esta carta el P. Fritz a primeros de Marzo de 1709. Al instante redactó una carta protesta a Ignacio Correa (2), demostrándole la injusticia con que pretendían apoderarse de territorios que sin disputa pertenecían al Rey de España. Claro está que la protesta no produjo ningún efecto, y por eso así el P. Fritz como el P. Sanna escribieron otras cartas apretadas a Quito y Moyobamba avisando de la invasión portuguesa y pidiendo fuerzas militares para resistir al enemigo. De ambas ciudades llegaron algunos socorros. El 3 de Julio se presentó el capitán Fernando Saldaña con algunos soldados de Moyobamba. En Quito fué nombrado capitán D. Luis Iturbide, quien salió a esta expedición con 50 soldados quiteños. Los PP. Fritz y Sanna llegaron a verse con estas tropas el 17 de Julio en el pueblo de San Joaquín (3).

Quedó descorazonado el P. Fritz cuando vió el aspecto miserable de aquellas tropas. He aquí cómo las describe en su diario: «Los más son gente baladí, intolerable por los pleitos, hurtos y otras maldades; bisoños, sin saber manejar armas. Las que traen son unos arcabuces bien malos, y por haberse trastornado en Napo la una de las balsas en que venían, algunos vienen sin armas. Espadas no han traído más que cuatro o cinco. Con esto, si Dios no lo remedia, ¿qué esperanza puede haber se haga cosa de provecho? El 25 de Julio se puso en movimiento aquella expedición, siguiendo río abajo el Amazonas. El 5 de Agosto llegaron a San Pedro de Cafurí, el penúltimo pueblo de los Omaguas, donde encontraron a un portugués, a quien prendió el capitán. Al día siguiente dispuso éste que los Padres jesuitas Fritz y Sanna se adelantasen a la tropa, para que el carmelita que allí asistía por los portugueses no se alborotase al ver tropa española. Llegaron ambos Padres y fueron bien recibidos por el religioso, que se lla-

(1) *Ibid.* Sanna al P. Provincial, Sebastián Luis Abad. Marañón, 2 Febrero 1709.

(2) Véase el texto en Jiménez de la Espada, *Noticias*, p. 491.

(3) Las noticias que siguen son del Diario del P. Fritz, publicado por Jiménez de la Espada en *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, p. 491 y siguientes.

maba Fr. Juan de Luz. Algún tiempo después llegó un soldado español y a su vista el buen carmelita «se embraveció de modo, dice el P. Fritz, que se agarraba por las barbas, brincando y gritando que nadie mandaba allí sino él; y queriendo despachar luego por portugueses abajo, yo le procuré sosegar lo mejor que pude. Entre parla y parla dentro de una hora llegó la tropa. Poco rato se detuvo aquí el capitán, porque esa misma noche bajó con 30 soldados para el pueblo de Zuruité. Yo me quedé en compañía del religioso.»

El día 7 de Agosto, entrando al amanecer el capitán en aquel pueblo, encontróse con Ignacio Correa, que sólo tenía consigo cinco soldados, cuatro blancos y un negro. Prendiólos a todos y los envió Marañón arriba. Avanzaron después hasta el día 14 a lo largo del Amazonas y en ese día dieron la vuelta para volverse hacia Quito. El P. Fritz cayó enfermo y no sin muchas molestias pudo llegar hasta el pueblo de San Joaquín. ¿Qué se logró con esta expedición? Bien poco en verdad. Prendiéronse ciertamente seis soldados portugueses; pero de ¿qué sirvió esta ventaja? Ni se les tomó algún pueblo o posición avanzada de las que tenían en el Marañón, ni se construyó ninguna fortaleza en paraje oportuno, ni se dejó ninguna guarnición que pudiera resistir a las irrupciones del enemigo. Más aún: los españoles se tomaron la libertad de hacer excursiones a un lado y al otro del Amazonas, y cautivar indios salvajes que llevaron consigo como esclavos. Lo peor de todo fué que también robaron algunas mujeres a los indios cristianos, con lo cual dieron a éstos ocasión de decir, que los españoles eran tan malos como los portugueses. Según el P. Maroni, esta expedición de Iturbide costó al erario 14.000 pesos (1).

Nos parece oportuno trasladar aquí una reflexión que hacía este Padre en 1733 al referir esta expedición de los quiteños. Hablando con el Presidente de la Audiencia de Quito, le dice: «De todo esto colegirá fácilmente Vuestra Señoría, que el enviar tropa de aquellas montañas no es el medio más acertado para obviar las violencias y pretensiones de los portugueses, y este es el parecer común de los misioneros más prácticos y juiciosos que residen al presente en la misión... Lo que les parece muy nece-

(1) Archivo de Indias, 77-3-18. *Informe del P. Pablo Maroni al Presidente de la Audiencia*. Quito, 15 Junio 1733.

sario para el efecto y esperan conseguir mediante el celo y eficacia de Vuestra Señoría es, que informadas fielmente ambas cortes de Castilla y Portugal, se determinen de común acuerdo los límites de ambas coronas y se mande so penas gravísimas a los gobernadores y capitanes de ambas partes, no permitan a los suyos pasar dichos límites debajo de ningún pretexto. Mientras esto no se consiga, nunca gozarán las misiones de la paz deseada, ni se adelantará la conversión de los infieles, y lo que es más para temer, entablaráse infaliblemente el comercio pretendido de los portugueses con destrucción de la misión y provincias cercanas» (1). No se hizo en mucho tiempo esta demarcación que proponía el P. Maroni. Quedáronse casi siempre indecisas las fronteras de ambas naciones en aquellos territorios mediterráneos de la América meridional y esto fué causa de no pocos desmanes y violencias que se cometieron allá dentro, en regiones que nadie podía vigilar ni proteger.

No tardaron los portugueses en tomar venganza de lo que había hecho el capitán Iturbide. El año siguiente subieron por el Marañón con una armada más poderosa y no hallando ninguna resistencia de soldados españoles, invadieron a su sabor todos los pueblos de los Omaguas, que el P. Fritz había fundado con el trabajo de veinte años entre el río Negro y el Napo. Arrebataron todo lo que pudieron, campanas, altares, alhajas y sobre todo muchos indios que se llevaron para esclavos. Algunos años después, en 1721, escribiendo el P. Fritz al Gobernador del Gran Pará, Alejandro de Souza Freire, le decía estas tristes palabras: «La provincia de Omaguas, que cuando yo entré el año 1685, y misioné casi veinte años, tuvo treinta y ocho pueblos, unos mayores, otros menores, casi todos en islas; ahora según noticias que tengo, está casi consumida con el tráfico de los portugueses y han quedado solamente cinco pueblos. Un solo pueblo de Omaguas tenemos, que se escapó de los portugueses y subió unas sesenta leguas, desde la boca del Napo hacia arriba y se pobló en Zarapa» (2). Quedaron pues perdidas para siempre aquellas extensas misiones orientales, que bien conservadas hubieran pro-

(1) *Ibid.*

(2) Archivo de Indias, 77-3-18 *Informe del P. Samuel Fritz al Gobernador Alejandro de Souza Freire*. Jeveros, 23 Marzo 1721.

longado el imperio español más de 300 leguas al Oriente de la actual República del Ecuador.

Retirado el P. Fritz a Santiago de La Laguna, siguió gobernando la misión hasta Diciembre de 1712 (1). Entonces le sucedió en aquel cargo el P. Gregorio Bobadilla, y por Enero de 1714 se retiró el veterano misionero al pueblo más antiguo de aquellas misiones, llamado La Limpia Concepción de Jeveros, o simplemente Jeveros. En este pueblo pasó los últimos once años de su vida. Sentía su salud muy quebrantada por varias enfermedades que había padecido, algunas de las cuales le pusieron a punto de muerte. En estos últimos años, aunque podía poco, nunca dejó de trabajar en la enseñanza y educación religiosa de los neófitos. Ya estaba temiendo lo que le había de suceder, pues tenía conocimiento de la medicina y había estudiado los síntomas de su averiada salud. Previnose, pues, para la muerte, y ésta le llegó el día 20 de Marzo de 1725. Antes de amanecer levantóse, como solía, para hacer oración y decir misa a su tiempo. Mientras se vestía le sobrevino de pronto un golpe de apoplejía que le derribó en tierra, sin sentido. Poco después era cadáver. Las cartas anuas de aquel año que conservamos tributan un dulce recuerdo a la memoria del P. Fritz. «Era —nos dicen— hombre muy amante de la disciplina religiosa, sumamente mortificado, poseído de tal celo de la gloria de Dios, que todos los trabajos le parecían pocos cuando se trataba de salvar un alma. Fué diestrísimo en las artes mecánicas; entendía más o menos de escultura, de pintura, de ebanistería, de arquitectura. Construyó varios altares y pintó varias imágenes que pudieran honrar a los buenos artistas. Entendía mucho de matemáticas, y a sus observaciones se debe el mapa del río Marañón, que él describió cuidadosamente y que la provincia de Quito dedicó al Rey de España» (2). No hay duda que el P. Fritz, que evangelizó cuarenta años entre penalidades increíbles, a orillas del Marañón, debe figurar en primera línea entre los grandes misioneros de la Compañía.

4. Reducida la misión a los territorios que yacen al Occidente de la desembocadura del Napo, fué cobrando algún incremento en los diez años que siguieron a la muerte del P. Fritz. Fueron acrecentándose poco a poco algunos pueblos con indios

(1) Véase su diario en Jiménez de la Espada, p. 500.

(2) *Litterae annuae prov. Quitensis*, 1724-1725.

de nuevas tribus que se podían atraer de aquellos bosques. En estos años se logró la conversión definitiva de los Payaguas y de los Icaguates. Habíase emprendido varias veces la conquista espiritual de estas tribus; pero la inconstancia de los indios, la facilidad en desbandarse con cualquier frívolo pretexto, la falta de misioneros que pudieran atender a esta labor sin interrumpirla, habían frustrado varias veces esta empresa. El P. Luis Coronado, que empezó a tratar con estas gentes en 1720, logró por fin consolidar dos pueblos después de algunos años de tentativas inútiles. También fué larga la reducción de los Yameos, que costó a nuestros Padres unos siete años de fatigas, pero, por fin, gracias a la intervención de los Omaguas cristianos, que habían emigrado a estas regiones, se les pudo reunir en pueblo y catequizar por los años de 1732. Con las tribus de los Pebas, Caumares, Zabos y Cabachis, se formó el pueblo de San Ignacio, unas 60 leguas al Oriente de la desembocadura del Napo. Este pueblo fué el extremo oriental de nuestras misiones del Marañón hasta la expulsión de Carlos III.

A fines de 1727, el P. Provincial, Hormaegui, señaló por Visitador de estas misiones al P. Diego Gutiérrez. Esta visita se hizo con mucha pausa y examinando concienzudamente uno por uno todos los pueblos. El P. Gutiérrez entró en las misiones a principios de 1728, y gastó en su labor todo aquel año y gran parte del siguiente. De vuelta a Quito, por Enero de 1730, redactó una extensa Memoria sobre todo lo que había observado en aquellos países. Tiene cuidado de anotar el número de cristianos y catecúmenos y de indicar a veces las tribus gentiles entre las cuales se han reclutado los neófitos. Distingue cuidadosamente entre los pueblos bien asentados, como él dice, y los que todavía están en formación y han echado pocas raíces. Los pueblos son, entre todos, 22. El más numeroso es el de la Concepción de Jeveros, donde hay 1.175 bautizados. En los demás el número de los cristianos es bastante menor. Entre los pueblos que se hallan todavía en formación, cuenta los que se han establecido con los Payaguas y los dos últimos que han empezado a fundarse con los Yameos. Españoles sólo hay en la ciudad de Borja, donde son 109. La totalidad de los bautizados en todos 22 pueblos se eleva a 5.194. Si a éstos se añaden 748 catecúmenos y los españoles de Borja, resulta un número de 6.051.

Para mejorar el estado de estos cristianos indica el P. Gutié-

rez que convendría adoptar algunas providencias, aunque algo difíciles de llevar a la práctica. Bueno sería hacer de dos pueblos uno, porque los indios son pocos, y de este modo estarían mejor atendidos por el misionero. Bien ve la dificultad que esto tendrá, por la suma repugnancia que suelen tener los indios a dejar el domicilio en que se han criado. Convendría también trasladar ciertos pueblos a sitio mejor y más saludable, muy útil sería difundir entre los neófitos la lengua general del Inca, pues con esto se vencería el estorbo que opone a la predicación del Evangelio la mucha variedad de lenguas que se encuentran entre aquellos salvajes. Indica también la suma conveniencia de que cada pueblo tuviese su misionero fijo y constante, porque es muy trabajoso el haber de cuidar un misionero de varios pueblos que tal vez distan entre sí algunos días de camino. Por último, apunta el P. Gutiérrez la conveniencia de establecer algunas herrerías y otras oficinas donde los indios aprendiesen las artes mecánicas más usuales.

Otra comisión curiosa había recibido este Visitador al entrar en las misiones de Mainas. Encargóle el P. Provincial examinar si había fundamento a ciertas murmuraciones que corrían en Quito contra nuestros Padres misioneros. Decíase de ellos que eran tratantes, que sostenían obrajes donde hacían trabajar a los pobres indios todo el día, que sacaban indios para venderlos como esclavos, y otras murmuraciones de este género. Era, por cierto, bien pesada la cruz que debían sobrellevar los jesuitas en casi todas las misiones de América. Dentro de la misión debían luchar continuamente con la rudeza, inconstancia, barbarie y brutalidad de los indios. En las ciudades españolas habían de sufrir las calumnias y murmuraciones envidiosas de nuestros émulos y enemigos. Inútil es decir que los Padres del Marañón eran inocentes de todo lo que se les imputaba. Así lo reconoció el Padre Gutiérrez, aunque añade un hecho singular que pudo dar ocasión a esa calumnia de que los jesuitas *sacaban piezas*, como entonces se decía, es decir, enviaban indios que sirviesen a los españoles.

El hecho es que cuando bajaron de Quito los soldados que condujo el capitán Iturbide en 1709, cautivaron, como dijimos, algunos salvajes en los bosques del Marañón. Estos cautivos fueron repartidos en presencia del P. Fritz y de otros misioneros. El P. Fritz, que no tenía experiencia de lo que eran los enco-

menderos, porque siempre había vivido en los bosques del Marañón, no veía tanto inconveniente en que los indios viviesen con los españoles, pues aunque algo padeciesen en el servicio de ellos, aprenderían también a vivir como cristianos; y esto sería mejor que andar vagando en los bosques haciendo vida de salvajes. En cambio los otros misioneros sintieron mucho este acto, porque sabían la triste suerte que aguardaba a los indios en manos del encomendero y temían los horribles abusos que de aquí podrían nacer. Véase lo que sucedió, según lo cuenta el P. Gutiérrez: «Tuvieron gravísimo dolor los Padres misioneros que se hallaban presentes, por no poderlo remediar; porque para la repartición se interponía la autoridad del P. Superior de la Misión. Y no hallando otro remedio, ocurrieron a los superiores de la provincia. Señalóse entre todos el P. Gregorio de Bobadilla, escribiendo el caso al P. Provincial, Sebastián Abad, quien dió parte al P. Visitador, Francisco Sierra, y Su Reverencia puso precepto de santa obediencia, para que no se diese gente de nuestras misiones a ninguna persona de fuera» (1). Este hecho fué el fundamento para aquella murmuración que corría en Quito de que nuestros Padres sacaban piezas.

Entretanto afanábanse todos en adelantar cuanto podían aquellas misiones, a pesar de los sobresaltos que de vez en cuando les daban los portugueses. Aunque estos pueblos se hallaban mucho más lejos que los Omaguas de los colonos del Pará, sin embargo la navegación, no tan difícil por el gran río Marañón, permitía al enemigo acercarse hasta el centro de nuestras misiones. Lo que más sentían nuestros Padres era ver que estas expediciones tan calamitosas eran guiadas o por lo menos fomentadas por los religiosos carmelitas. En 1730 un portugués enviado por Fr. Juan de la Concepción, carmelita, que cuidaba de la aldea de San Pablo, distante seis días de camino al Oriente del Napo, subió hasta el río Itaiay y pretendió llevarse consigo a los Yameos, recién amistados por los jesuitas. «Acudió, dice el Padre Julián, nuestro misionero de Omaguas a persuadirle que desistiese de su intento, pero no sacó de él otra cosa que despre-

(1) Todo lo que hemos dicho sobre la visita del P. Gutiérrez está tomado del informe que él mismo entregó al P. Provincial de Quito el 14 de Enero de 1730. Lo conservamos original en el colegio de Quito.

cios y altiveces con que le amenazaba de dejarle desamparado en una playa sin remeros y sin barco» (1).

Estas acometidas se repetían de vez en cuando y citaremos dos que nos refiere el mismo P. Julián, Superior de nuestras misiones, en la relación que escribió en 1735. «Otros dos sujetos valientes, apadrinados de los Padres carmelitas, cuatro años ha [en 1731] tuvieron el arrojo de subir hasta Santiago de La Laguna, cabeza de nuestras misiones, con vanos pretextos, esparciendo voces con que amedrentaban a los indios, a quienes decían que en breve subiría una tropa portuguesa a llevarse cuantos pudiesen cautivos al Pará. Lo mismo intentaron tres años ha dos cabos de la armadilla que anda al presente por el río Negro a caza de indios, pretextando que querían entablar comercio con los vecinos de Borja y otras ciudades cercanas a nuestras misiones. Lo que negociaron con sus malas artes fué que se huyesen atropelladamente casi todos los Yurimaguas, que vivían pacíficamente en aquella reducción.

El mismo año, un negro, capitán de San Pablo, entrando con algunos mamelucos de aquella población en el río Mutaray, ahuyentó de sus tierras a los Mayorunas, nación muy numerosa y recién amistada de nuestros misioneros, mató algunos de ellos a balazos, dando asalto a sus rancherías y a otros llevó para esclavos al Pará, conforme había hecho poco antes el mismo misionero de San Pablo con los Ticunas después de haberlos sacado con engaño de sus retiros. Lo mismo poco ha intentaron hacer otros portugueses con los Caumares y Pebas. Dos de ellos tuvieron el atrevimiento de subir por Napo y Abarico hasta la provincia de Sucumbios, echando mil valentías y amenazas de pasar por nuestras reducciones de Payaguas e Icaguates, a quienes sin duda hubieran llevado por esclavos, si nuestros misioneros no los hubieran amparado con entereza apostólica» (2).

En medio de tantas angustias y a pesar de las fatigas que ocasionaba el trasladar a los indios de un sitio a otro, iba creciendo lentamente la misión, así en el número de neófitos como en el espíritu cristiano que iban concibiendo. El P. Juan Bautista Ju-

(1) Archivo de Indias, 77-3-18. *Relación de la misión apostólica que tiene a su cargo la provincia de Quito*. El autor es el P. Bautista Julián, Superior que era de la misión por entonces. La relación fué escrita en 1735.

(2) *Ibid.*

lián, Superior de la Misión, escribiendo el año 1735, decía: «Parece que la misericordia de Dios ha mirado en estos últimos diez años con piedad más tierna a estas almas infelices y ha derramado sus bendiciones sobre el celo de algunos fervorosos obreros que se han aplicado con todo el esfuerzo posible a cultivar aquella viña tan perseguida.» Enumera luego las reducciones que funcionan ya con toda regularidad, distinguiendo entre las antiguas y las nuevas. Gustará el lector de conocer el catálogo de estos pueblos, hecho por los mismos misioneros en 1735. Helo aquí:

*Reducciones antiguas.*

En el río Huallaga son cinco:

- 1 Santiago de La Laguna.
- 2 San Javier de Chamicuros.
- 3 Santa María Mayor de Yurimaguas.
- 4 San Antonio.
- 5 San Estanislao de Muniches.

En el río Cavapanas:

- 6 Concepción de Cavapanas.
- 7 Presentación de Nuestra Señora de Chayabitas.
- 8 Concepción de Jeveros.

En el río Pastaza:

- 9 Santo Tomé de los Andoas.
- 10 San José.

En el Marañón:

- 11 San Francisco de Borja.
- 12 San Ignacio.
- 13 Santa Teresa.
- 14 San Joaquín de Omaguas.